

## LOS BIBLIOTECARIOS EN LA NOVELA ACTUAL

COMUNICACION presentada por M.<sup>a</sup> LUISA VILLORA REYERO

Bibliotecaria de profesión y lectora de vocación, no podía dejar de llamarme la atención las opiniones que sobre los bibliotecarios iban apareciendo en los libros que leía. Y así, sin saber en un principio aún para que, pero porque me divertía, fui recogiendo —y no sólo yo, sino también un grupo de amigos a los que doy las gracias— todas las citas en las que me he basado para elaborar esta comunicación.

Elegí la novela porque es, con mucho, el género que más frecuente. Pero también porque creo que este género refleja mejor que ningún otro lo que a mí me interesaba: la opinión de la sociedad acerca de unos profesionales, en este caso, bibliotecarios. He dejado, pues, fuera las citas de los libros de ensayo, tesis doctorales, etc., porque se apartaban de mi propósito.

No creo que sea necesario aclarar que no es, ni mucho menos, un trabajo que pretenda ser exhaustivo: vaciar toda la novela hubiera sido prácticamente imposible y temo que, además, hubiera acabado hasta con nuestras ganas de leer.

La verdad es que, ante la escasez de material de nuestro propio país, pensaba completar este trabajo con una encuesta a escritores españoles que la premura de tiempo me ha impedido realizar y dejo para mejor ocasión.

Y otra última salvedad. Puesto que nada o casi nada he leído de la literatura actual de los países del Este, todo queda limitado al mundo occidental.

Dentro de este marco, lo primero que destaca es el paralelismo que existe entre el desarrollo bibliotecario de un país o área de civilización determinada y la mera aparición de la figura del bibliotecario en su literatura.

No es de extrañar, pues, que sea en la novela angloamericana, donde con mayor frecuencia aparezca este personaje, hasta el punto de que un 90 por 100 de las citas recopiladas pertenecen a esta literatura.

Cualquiera puede, en efecto, observar cómo en ella los personajes acuden constantemente a las Bibliotecas Públicas a leer y también a informarse sobre las cosas más diversas. Y no son estos personajes por lo general, estudiosos de un tema ni lo que suele entenderse por intelectuales, sino ciudadanos normales e incluso marginados como el que confiesa «haber pasado una tercera parte de su vida en los billares, otra tercera parte en la cárcel, y la otra en la Biblioteca Pública» (1).

La Biblioteca aparece, pues, como algo vivo, que los ciudadanos tienen cerca y están acostumbrados a usar. Es un elemento más de sus vidas diarias y es normal que los escritores hayan incorporado a sus obras a los profesionales que en ellas trabajan, ya que, probablemente, la mayoría de estos escritores han frecuentado ellos mismos estas Bibliotecas y conocido a estos profesionales (2).

Ignoro si se ha hecho algún trabajo de este tipo en los Estados Unidos o Inglaterra, pero creo que sería incluso posible realizar un estudio como el que ha llevado a cabo en nuestro país Díaz Plaja sobre los médicos (3): hasta tal punto las bibliotecas y los bibliotecarios, de una forma u otra, han estado siempre presentes en los libros anglosajones de los últimos tiempos.

Dentro de estos libros, es curioso que sean géneros normalmente ignorados o considerados sublitteraturas por los profesionales de las bibliotecas, los que más usen —y casi abusen— del personaje del bibliotecario: la ciencia-ficción y la novela negra. Sobre todo esta última en la que, quizá como justa venganza al desprecio de nuestros profesionales, siempre se encuentra una valoración totalmente negativa de la bibliotecaria. Y digo aquí conscientemente bibliotecaria porque, en este tipo de novela, es siempre un personaje femenino cuya imagen estereotipada, para nuestra desgracia, es, o ha sido hasta hace poco, la más extendida: «... esas vírgenes de rostro avinagrado que se sientan detrás de los escritorios de las Bibliotecas Públicas» (4).

La imagen del bibliotecario/a que aparece, sin embargo, en la novela de ciencia-ficción es bien distinta. En primer lugar no tiene sexo ni es posible decir que se haga de él una valoración positiva o negativa: es el bibliotecario-robot que nos ha sustituido por completo, al igual que los libros-película han hecho desaparecer al libro tradicional. Fríos y eficientes, estos bibliotecarios-robots han sido totalmente programados para cumplir su misión en las sociedades tan desesperantes como cercanas y atractivas que este tipo de literatura presenta (5).

En el resto de la novela, el personaje es también, como ocurría en la novela negra, con mucha mayor frecuencia femenino —y destacamos este hecho por lo que sociológicamente representa—, aunque la valoración de su imagen es diversa.

---

(1) KEROUAC, J.: *En el camino*. Barcelona, Bruguera, 1981, p. 18.

(2) LONDON, J.: *Martin Eden*. Barcelona, Ediciones 29, 1979, pp. 38, 54-55.

(3) CARMONA, P.: «El alma en pena de la literatura española». *El Libro Español*, número 268, abril, 1980, p. 197.

(4) CHANDLER, R.: *La ventana siniestra*. Barcelona, Bruguera, 1978, p. 244.

(5) Por citar sólo algunas novelas de este género. ASIMOV, I.: *El sol desnudo*. Barcelona, Bruguera, 1980, p. 110, y del mismo autor, *Bóvedas de acero*. Barcelona, Martínez Roca, 1979, pp. 43-45.

A pesar de que, como acabo de decir, la imagen que parece estar más extendida es la que la novela negra refleja, se aprecia, sobre todo en Norteamérica, una evolución francamente favorable. Del estereotipo de «mujer sin amor, eficiente, ratonesca, sin humor y sin jugo... que poseía un cabello peinado en moño, gafas sin reborde, nariz puntiaguda y desaprobatoria y unos invisibles y comprimidos labios» (6), se está pasando a un tipo nuevo que parece sorprender incluso hasta a los mismos norteamericanos, tanto por su aspecto físico como por sus nuevas tomas de postura. Un tipo nuevo que no sólo ha convertido esta profesión «en un empleo tan polémico como ser político», «en una de las ocupaciones más arriesgadas del mundo», sino que parece dispuesta a seguir con todas sus consecuencias el consejo dado por el Presidente Eisenhower a los bibliotecarios norteamericanos de que no se uniera a los quemadores de libros...» defendiendo con uñas y dientes la selección, cuya premisa es la libertad de pensamiento frente a la censura que se basa en el freno de ese mismo pensamiento» (7).

Otro aspecto que llama la atención es que tampoco en estos países parece estar muy claro qué cosa sea ser bibliotecario. A pesar de que, al contrario de lo que ocurre en nuestro país, los estudios biblioteconómicos estén perfectamente estructurados y la profesión reconocida, porque se deduce de estas citas el término «librarian» se aplica a todo aquel que trabaja en una Biblioteca. Bien es verdad que, en algunos casos, especifican que es «assistant». Pero, como he dicho, se llama también bibliotecario a los que realizan tareas no cualificadas como hacer un recuento (y es curioso también, que, en este caso concreto, en que quien realiza el recuento es un «assistant» se reserve al bibliotecario otra tarea igual de creativa: pasar a tinta las signaturas (8). Y se llama igualmente bibliotecario, por lo general, a la persona que sirve los libros.

Hay casos, sin embargo, en que el autor conoce tan bien en qué consiste el trabajo bibliotecario que basa en el nombre de un repertorio bibliográfico el descubrimiento del asesino de un crimen —porque el asesino es una bibliotecaria— (9), o coloca encima de la mesa de trabajo de su personaje «pilas del *Library Journal*», del «*Top of the news*» y del «*Wilson Library Bulletin*», a la par que reproduce los artículos tres y cuatro de la Declaración de Derechos de las Bibliotecas, redactada por el Consejo de la Asociación Norteamericana de las Bibliotecas (10).

En cuanto al prestigio social de que parece gozar esta figura del bibliotecario, no es muy elevado. Prueba de ello es que se trata de una profesión ejercida frecuentemente —aunque no de forma exclusiva— por mujeres. Y, como se sabe, una alta tasa de feminización de una determinada profesión indica que se le confiere socialmente poco prestigio y que sus remuneraciones no son muy altas. De ambos aspectos queda constancia también en las citas recogidas (11).

---

(6) WALLACE, I.: *Los siete minutos*. Barcelona, Grijalbo, 1975, p. 189.

(7) *Ibíd.*, p. 191-195.

(8) LE CARRE, J.: *El espía que surgió del frío*. Barcelona, Bruguera, 1980, p. 34.

(9) ASIMOV, I.: *Estoy en Puerto Marte sin Hilda y otros cuentos*. Madrid, Alianza editorial, 1972, pp. 61-82.

(10) WALLACE, I.: *Op. cit.*, p. 191.

(11) «Nosotras las bibliotecarias no tenemos sueldos muy altos». *Ibíd.*, p. 193.

Y pasamos a otra área en la que englobamos la novela en lengua castellana de un lado y otro del Atlántico y la novela en lengua catalana.

Si hablábamos al principio de la correlación existente entre el desarrollo bibliotecario de un país o área de civilización y la mera aparición del personaje del bibliotecario en su literatura, no nos extrañará en absoluto que en estos ámbitos, las citas sean pocas no sólo en personajes bibliotecarios, sino incluso en lo referente a las mismas Bibliotecas.

Como sabemos por la propia experiencia de nuestro país, la mayor parte de la población no ha entrado jamás en las Bibliotecas. Es lógico, que éstas no tengan ningún peso específico y que sean ignoradas por unas sociedades a las que resultan totalmente ajenas y extrañas. Y que, al igual que estas sociedades las ignoran, lo haga también su literatura. Y más cuando la lectura en sí, el acto de leer, no parece tampoco estar muy bien considerado (12).

Así, pues, los personajes lectores de estas literaturas compran sus propios libros o los toman prestados de sus amigos y son, realmente muy pocos los que acuden a nuestros centros. A lo sumo, alguna cita referente a ambientes universitarios en las que la Biblioteca aparece, además, como un lugar polvoriento, oscuro y poco atractivo (13).

Respecto a los profesionales, aparecen muy pocas veces pero, de estas apariciones, pueden sacarse sustanciosas conclusiones.

En primer lugar, sólo en un caso aparece un bibliotecario (14). Y este caso excepcional es un homenaje claro a Jorge Luis Borges, Director de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires durante varios años y para quien, por cierto, «en el recuerdo los nueve años en que fue Director de esta Biblioteca son una sola tarde monstruosa en cuyo curso clasificó un número infinito de libros» (15).

El resto de los personajes son femeninos y en la más pura línea de esa imagen estereotipada y tópica de que hablábamos: las mujeres se hacen bibliotecarias cuando ven que se quedan para vestir santos (16); son «gente extraña», cuya facha no agrada al público (17) o se recurre a esta profesión porque un defecto físico impide ejercer otras, equiparándola, en este caso, a la de modista o dibujante (18).

Pero con todo, y a pesar de la imagen francamente deplorable que de nosotros se ofrece, no era esto, en mi opinión, lo peor, sino el que ni

---

(12) «... El no entiende... por qué alguien puede perder el tiempo leyendo un libro... si no le permite ganar dinero... Leer es estúpido y afeminado... demuestra que uno está fuera de onda». PUIG, M.: *Maldición eterna a quien lea estas páginas*. Barcelona, Seix Barral, 1980, p. 143.

(13) PUIG, M.: *La traición de Rita Hayworth*. Barcelona, Seix Barral, 1978, p. 20.

(14) ZULAIKA, J.: *Astarté (Escrito en Babia)*. Barcelona, Argos Vergara, 1980, p. 137.

(15) PEICOVICH, E.: *Borges, el palabrista*. Madrid, Letra Viva, 1980, p. 188.

(16) «La tierra Sixta diu que les dones es fan bibliotecaries quan veuen que es queden per vestir sants». ROIG, M.: *Ramona, adieu*. 7.<sup>a</sup> ed. Barcelona, Edicions 62, 1980, p. 10.

(17) PUIG, M.: *Maldición eterna a quien lea estas páginas*. Barcelona, Seix Barral, 1980, p. 39.

(18) «I les coixes? Quan les faràs venir?

No les farè venir. No podem pas viure tots plegats, ci? I si tenen una recaiguda les seves mares no m'ho perdonarien. Al capdevall, ja hi estan acostumades a ser coixes. To tes tres s'han buscat ocupacions que els convenen: bibliotecària, modista i dibuixant». PEDROLO, M. DE: *Anònim II o de les dimensions permanents de la Triarquia*. Barcelona, Edicions 62, 1981, p. 189.

siquiera se nos mencionase. Y, en este sentido, también en este área da la impresión de que se está evolucionando, pues algunas de estas alusiones pertenecen a libros cuya tinta está, casi, aún fresca. Y en la última, el autor parece saber, incluso, hasta qué plazas dentro del Cuerpo Facultativo son mixtas y habla concretamente de «archivera-bibliotecaria» de Castellón de la Plana (19). Aunque en este caso la aludida sea yo, ya que actualmente ocupo esta plaza, y a pesar de que el tono siga siendo francamente despectivo, creo que esto es buen síntoma porque demuestra que, al menos a ciertos niveles, se empieza a conocernos y a saber que existimos.

No importa que, de momento, nuestro prestigio sea tan escaso. Porque, con ello, se ponen también de manifiesto fenómenos más profundos. Se patentiza, entre otras cosas, que, a pesar de que a nivel teórico la cultura sea en nuestra sociedad un valor difundido y alabado, a la que se le concede un lugar preeminente, en la práctica la realidad es muy otra. Basta ver, para convencerse de ello, lo exiguo de nuestros Cuerpos y lo mermado de los presupuestos que a la cultura como tal se destinan.

Más grave es el que estas opiniones sobre nosotros, manifiesten el divorcio existente entre las Bibliotecas y los bibliotecarios y la sociedad a la que sirven, la cual, cuando no los ignora olímpicamente, los ridiculiza. Y creo que ambas cosas, sin entrar en si son justas o no, deben movernos a la reflexión.

Pero, para decir la verdad, no es esta tampoco la finalidad de este trabajo. Transcribo literalmente unas palabras de Andrés Amorós que expresan mejor que yo misma sabría hacerlo mis propias intenciones: «Escribo, en definitiva, estos trabajos porque me divierte hacerlo, claro está. Si no, no lo haría... Sin sentido del humor, no sé cómo vamos a comunicarnos. Pero, sobre todo, los escribo por no cerrar del todo los ojos a la realidad. Aunque no nos guste está ahí, alrededor de nosotros, detrás de los cristales de nuestras ventanas y no sirve de nada refugiarnos en nuestras bibliotecas y tratar de olvidarla» (20).

---

(19) UMBRAL, F.: *A la sombra de las muchachas rojas*. Madrid, Cátedra, 1961, página 117.

(20) AMORÓS, A.: *Subliteraturas*. Barcelona, Ariel, 1974, p. 24.